

Cuenta y razón de las fiestas

Rufino Acosta Naranjo

Publicado en J. Vila (coordinador) **Tentudía. La montaña mágica.**
Diputación de Badajoz. 2001. pp. 221-264

Conocer de las fiestas de una tierra es saber un mucho de sus gentes, de su manera de ser y de mostrarse, o de esconderse y disimularse a veces, de sus valores, de su relación con la tierra y con los otros y de su mudanza histórica, porque en los rituales festivos se plasman, reproducidos o invertidos, rasgos que nos dan cuenta de las identidades de los pueblos. La comarca en ciernes de Tentudía no ha tenido, no podía tenerla, una geografía festiva propia que la defina. Las gentes de penillanura de Bienvenida, Fuente de Cantos y Montemolín y las de la Sierra Morena de Fuentes de León, Bodonal de la Sierra, Segura de León, Calera de León, Cabeza la Vaca, Monesterio, Pallares y Santa María de Navas, no iban a las fiestas de todos los otros pueblos mentados, sino a la de los vecinos, algunos de ellos de fuera de estas nuevas lindes comarcales y con los que sin embargo tenían y tienen más vinculación. No hay una singularidad festiva diferencial de estas localidades, pero las fiestas de todas ellas nos acercan a las características culturales de la zona, a sus similitudes y diferencias.

Las fiestas permanecen y cambian, y en cada variación y persistencia están hablándonos del signo de los tiempos, de la pujanza o declive de los pueblos y de los que en ellos viven, del destino, bueno o malo, de las vidas y haciendas, de la visión del ellos y el nosotros. Los rituales festivos locales tienen una misión crucial a la hora de crear y recrear a la comunidad, de representar al pueblo o grupo social como un todo, como un nosotros, una entidad que

trasciende al tiempo y los individuos, y a la que pertenecen los muertos y los vivos, los presentes y los ausentes, los residentes y los emigrantes. Por todo ello han de ser un paréntesis en la cotidianeidad, una disolución del tiempo ordinario, una entrada en la lógica onírica e intemporal del rito. Pero también las fiestas nos hacen visibles las diferencias sociales, y en estas tierras no han sido pocas.

Finalmente, para tener esa imagen de la comunidad se precisa de los otros, de los forasteros, como espejo en que mirarse, para dejar ver su vitalidad, blasonar de poderío o regalar igualmente su dimensión acogedora. Así, las fiestas han unido a gentes de sitios lugares y han sido hasta hace no mucho tiempo la ocasión para iniciar amoríos que podían terminar en boda y nuevo hogar en otro sitio. A ellas se ha debido en parte que pueblos y gentes de las estas tierras se conozcan y reconozcan. Pero también la funcionalidad que se le asigna a los rituales festivos va cambiando y en el mundo interrelacionado y globalizado de hoy en día también es la fiesta objeto de espectáculo y consumo, reserva etnológica y motivo de turismo, a más de escaparate político interno o externo. Ante tantas dimensiones posibles, pensadas e impensadas, sitúese pues el lector donde mejor le plazca para mirar el asunto que ahora traemos entre manos, para conocer las fiestas de las gentes de estas tierras.

Conviene avisar antes de nada de dos cosas. La primera, que iremos considerando las fiestas que nos salgan al camino no con voluntad de inventario o acta de las de cada pueblo, sino deteniéndonos más en algunas de las celebraciones de cada tipo y época, para que el lector tenga una idea más próxima de cómo se vive en estas tierras el tiempo de fiesta y cuál es su singularidad. La segunda consideración es que para llevarnos en este recorrido tomaremos como guía el año agrícola y el santoral. En cuanto a lo primero, el campo y sus faenas han sido la dedicación primordial de quienes han habitado estas tierras y las tareas agrícolas han marcado el ritmo de la vida rural. Las fiestas han tenido siempre una honda

vinculación con los ciclos del campo y la naturaleza. Por lo que hace al santoral, ha servido siempre como un instrumento del que las gentes se han valido para crear una memoria sentida y sensible de los días y de las tareas que en ellos convenían. En tan cambiante y variado clima como el mediterráneo, y en una comarca y unos pueblos con tanta diversidad ecológica y de usos, la memoria colectiva sobre la tierra y sus cuidados tenían en los santos y las fiestas un medio de registro, un calendario connotado por la sensibilidad y los recuerdos, cifrado en personajes y rituales concretos para hacer más segura la salvaguarda de las prescripciones, más pautadas las tareas que a cada momento correspondían, y así San Francisco o San Miguel eran tiempo de inicio de paridera, los *Tosantos* abrían a los cochinos las puertas de la montanera, con la Pura comenzaba el apaño de aceitunas, los Reyes dejaban echar mano a las talas y San José llamaba a guardar las hachas. Por las candelas se podaban viñas, por la Cruz había de echarse la simiente a cabras y ovejas, para San Antonio convenía que anduviera la hoz entre los trigos, San Benito quería que entraran los trillos en las parvas, Santa Ana recogía las papas, o para la Virgen de agosto o San Roque se esperaba tener acabada la limpia del grano.

Ese ciclo agrícola, y este nuestro santoral, comenzaba con la otoñada, porque quieren en su girar los astros que llegado septiembre mude el tiempo y, con él, la vida de las gentes. Principia la sementera y el brotar de la hierba con las primerizas aguas, que *la otoñá verdadera, por San Mateo la primera*. Época de siembra, vendimia y un poquito de verdeo, antaño lo fue también de parideras, antes de volverse loco este mundo del campo y los ganados. Así se perdió ya el rejolquete de ese tiempo por San Francisco, tan nombrado en Segura, pero las gentes del poniente siguen yendo a la feria de San Mateo en Fregenal y las de cualquier pueblo del mediodía extremeño persisten en la sabia querencia de acercarse hasta Zafra al llegar San Miguel, que roba días a octubre.

Lluvias, brumas y soles, o malditas heladas, campearán por la dehesa para la montanera, buscando ya noviembre, del que dicen por aquí *dichoso el mes que entra con Tosantos y sale con San Andrés*. Y dicen bien, porque será el más señero tiempo de la bellota y su mundo, del que en tanto ha dependido la vida de estos pueblos, la suerte de sus gentes. El día de **los Tosantos, la Chaquetía o la Merendita**, que eso va en pueblos, abre las puertas de la montanera, de la entrada de los cochinos a la bellota, pero también consagra y agradece a la tierra los dones de las castañas, los higos pasados, los membrillos, las uvas o las granadas, que en ese día se regalaban a los muchachos y se iban a comer al campanario, al campo o junto a los cementerios, compartiendo la fiesta y sus comidas con los que ya se fueron, para dar persistencia a la memoria de un pueblo que pervive más allá de los tiempos, para junto a los muertos agradecer a la tierra los frutos que a todos dio. Hoy es fiesta un tanto en decadencia en todos los pueblos, pero en algunos es ocasión para que pandillas de niños y jóvenes se vayan a comer al campo, unas migas quizás.

Bien entrados ya en fríos y aceitunas llega la **Navidad** y para ella, fuera parte de algún que otro portal viviente, reuniones de muchachos en casucos, campanadas de fin de año parecidas unas a otra y cabalgatas de Reyes de diversa enjundia, en los últimos tiempos vienen sonando por estos pueblos los belenes de Bodonal, el de la iglesia y el del bar Los Arcos, que dan ocasión para mostrar el esmero y la vocación estética local.

Pero será febrero el que empiece a meternos en celebraciones más singulares y el que tímidamente nos arrime a la danza de las fiestas por estos pueblos. *Santa Brígida el primero, el segundo candelero y el tercero garganero*, así empieza a contársenos de los días de este mes. Del día de la santa poco se puede decir, porque celebración no tiene, pero sí los otros dos, la Candelaria y San Blas, abogado de las afecciones de garganta. La de las candelas, la

Candelaria o *las candelorias*, ha sido fiesta tornadiza en más de un caso. Pueblos había en que se celebraba una procesión, en la que la vela de la Virgen, apagada o encendida a su entrada en el templo, era augurio del tiempo por venir. En otros se hacían, y se hacen, candelas en la calle con ramas de encina u olivo, pues es tiempo de talas.

En Pallares ardían dos candelas con leña que los muchachos buscaban en los campos y rivalizaban por ver cuál de las dos, si la del Altozano o la de la Plaza, era la más grande. El territorio del pueblo se dividía en dos partes, con un trasfondo de divisiones en grupos sociales que se ventilaba la mayoría de los años en una inversión o negación simbólica de la realidad social, con el triunfo de la candela del grupo en que más claramente estaban representadas las clases populares y la derrota de los de la plaza, por donde se asentaban los más acomodados. Después de bastantes años sin candelas, hoy en día es una sola hoguera la que se hace.

Tras el mazazo de la emigración y la desaparición de la fiesta, las candelas han renacido, e incluso nacido, en muchos pueblos, en que las gentes de distintas calles se juntan al amor de la hoguera, acompañándose de comida y bebida, de vino, pestorejo, chorizo y otras viandas, en una fiesta en la que los jóvenes hacen cara hasta bien entrada la noche a los que se presumen penúltimos fríos del invierno.

En Montemolín, **San Blas** fue siempre santo bien celebrado, y la suya fiesta con predicamento de bulliciosa y, a veces, pendenciera. De un tiempo a esta parte ha recuperado bastante de su discreto esplendor, es día no laborable, con orquesta y baile por la noche, y una celebración en la ermita de la Virgen de Gracia que para quien estas cosas les cuenta es de las más entrañables y hermosas de cuantas conoce por los alrededores. En los días previos al 2 de febrero se hacen los cordones de San Blas, de colores diversos según sean para hombres, mujeres o niños y que luego de bendecidos

protegerán contra las enfermedades de garganta. Pero los cordones han devenido en símbolo de Montemolín y se envían a los hijos del pueblo que están fuera. Las mujeres que trenzan los cordones se preocupan de poner las mazas de hilo en el corral, mirando hacia la ermita, a la hora de la misa para que la bendición les llegue, de manera que aun sin haber sido hechos todavía algunos, salgan luego benditos para los que están ausentes.

Por la mañana, el santo es llevado en procesión desde la parroquia a la ermita de la Virgen de Gracia, que corona un pequeño cerro que contempla todo el blanco caserío de la villa. Las gentes llevan al cuello sus cordones y en la mano las roscas de pan que serán bendecidas. Si el tiempo acompaña, la misa será al aire libre, sobre la colina, al pie de la cruz, ofreciéndose al pueblo y a los campos de la penillanura que ya quieren verdeguear. Al final de la misa, el agua bendecirá los cordones, las rocas, las tierras y las gentes para el año venidero. La subasta de productos típicos y la recuperada tradición de hacer rodar naranjas cerro abajo para que las cojan los niños será el último hito de la celebración. No es fiesta que llame la atención por lo espectacular ni por el mucho gentío forastero, aunque cada vez sean mas quienes se acerquen a una celebración que tiene el encanto de su singularidad, de lo íntimo, celebrada casi sólo para los del pueblo, al arrimo de sus sencillas cosas y sus particulares vivencias, sin más, y nada menos.

El resurgir de las fiestas con la democracia trajo bien por delante a los **carnavales**. Esta fiesta, otrora ejemplo de licenciosidad, subversión y juego fue por ello prohibida durante la dictadura y sólo quedó memoria semioculta de ella en la costumbre de algunos pueblos de seguir haciendo gañotes por esas fechas. Hoy en día todos los pueblos tienen carnavales, aunque como pasa con tantas fiestas, algunos de ellos buscan para hacerlos un fin de semana en que no se pisen con otros vecinos y, así, carnavales hay bien metidos en cuaresma. La más profana de las fiestas, olvidado y

lejano su antiguo significado de desfogue antes de la inclemente cuaresma, de preparación para la penitencia, es hoy la fiesta del disfraz y de las murgas, en que se pone en solfa a las gentes y acontecimientos de todo el año y se muestra la creatividad y el esmero en buscar motivos y trajes llamativos y vistosos, letras ingeniosas y sarcásticas. Pero lo que puede servir de crítica del poder, lo que antaño tuvo la fiesta de incontestable y vital dimensión liberadora, veces hay que se convierte en grosero, rancio y en ocasiones cruel medio de control social de la vida y la conducta de las gentes. Pero, de todas formas, muchos son los grupos de amigos que dedican bastante de sus días a la preparación de esta fiesta y sus murgas, y lucidos son muchos de los bailes y pasacalles.

El renacer de la vida, la pujanza de los campos en los meses altos, traía consigo un buen ramillete de celebraciones para las gentes de la sierra y el llano y algunas de ellas no eran fiestas de los pueblos, sino de los campos, como cuando por **San José** se desrababan las borregas y era día de juerga y caldereta en las fincas o, si era el caso, se marcaban a fuego las reses. Hoy en día San José es ocasión para la salida al campo de caldereta o de simple comida en pandillas de jóvenes o grupos de amigos. Por este tiempo de marzo, desde hace muy poco, con la restauración a cargo de las gentes del pueblo de la ermita de San Benito, antiguo monasterio y paraje singular, en Montemolín se ha empezado a celebrar una fiesta en dicho sitio el domingo más próximo al día del santo, y que cada día concita a más público.

En Bodonal se preparan para la semana de Pasión con una singular novena a la Virgen de los Dolores. Con ocasión de cada misa, los feligreses se reúnen al pie de los escalones de entrada a la iglesia para pujar por el pendón de la Virgen y portarlo en el recorrido posterior por el pueblo, que cada uno de los nueve días tendrá un itinerario diferente, aunque siempre acompañado de las velas que llevan las gentes, mayoritariamente mujeres. Delante van los niños

tocando la tambora que anuncia el paso del pendón y los *cantaores* de la Salve. El pendón se para en cada puerta, donde los de la casa, del umbral para adentro, le rezan. Allá donde se da dinero para ello, los cantaores entonan la salve.

Y en la **Semana Santa**, la vida triunfa sobre la muerte, con Cristo resucita la naturaleza toda, que irrumpe en los pueblos en forma de palmas o ramas de olivo el Domingo de Ramos y, bendecida, se hace cultura, se torna en símbolo. Los cristos, santos y vírgenes recorren las calles y las gentes celebran más, se sienten más convocadas a la cita con sus devociones y al cumplimiento con ellas el Viernes Santo, cuando acuden a los oficios y a la condolencia, tan humanizada, tan personalista, del Santo Entierro. Quizás sea la mayor singularidad de la Semana de Pasión por estas tierras el Viernes Santo en Bienvenida, en que los Benedictos, cubiertos con capas españolas que llevan estampado un cáliz, acompañan la procesión por las calles del pueblo con unos arcanos y hermosos cantos que algunos quieren que sean mozárabes pero cuyo origen último se desconoce. Es tradición que estuvo a punto de perderse y dicen que se mantuvo entre los albañiles, quién sabe si por ser herederos de los alarifes de antaño.

Algunos nazarenos y escenificaciones de la Pasión han empezado a verse de un tiempo a esta parte, pero también hay juego en estos días y, aunque no se trate de lances de azar y dinero como en las vecinas Santa Olalla y El Real de Jara, sí que se juega a lo que en Santa María de Navas llaman la calva y en Monesterio el mojón, que consiste en hacer caer con la piedra de cada cual un palo que se coloca de pie sobre el suelo. En Santa María lo hacen el Viernes Santo y el Domingo de Resurrección, ya en el campo. En Monesterio es el Viernes Santo, entre otros muchos días del año y es en este pueblo donde más pujanza tiene, se carga de contenido identitario local y cuenta con una asociación que lo promueve. Aunque suele hacerse en El Escobalito, también se ve por las calles, y es llamativo el celo con

el que cada cual mira y cuida su piedra, personalísima y cuasi sacra. Dicen algunos que era el hecho de estar muerto Cristo y pararse con ello la vida, el trabajo, las diversiones y tabernas lo que hacía que los hombres se dieran a este entretenimiento en ese día, ya que otro no podía haber.

El Domingo de Resurrección es día grande. Por las calles de algunos pueblos truenan las escopetas y en Pallares y Cabeza la Vaca anuncian el tiroteo al Judas, un pelele de ropa vieja y paja al que colgarán y harán arder a escopetazos, expiando los pueblos sus culpas y sus miedos en la figura del traidor, el que causa el mal a la comunidad, que ojalá sólo así se conjuraran todos los temores en los días que corren. Pero si de celebrar la vida se trata tras la Resurrección, mejor que sea en el campo rebosante de primavera, y por eso las gentes de Montemolín, Bienvenida, Pallares y Santa María se van de **jira**. En Montemolín lo hacen tras la procesión del Resucitado y son sobre todos los jóvenes. En Bienvenida antaño se iba a El Pizarral el Domingo de Resurrección, también conocido como el día de los Bollos, por los hornazos, rosquetes y figuras de pan que se hacían, pero hoy son grupos de amigos los que van al campo, cada uno a un lugar. En Santa María también salen ese día al río gentes de todas las edades, a "*roar el huevo*", como le llaman, pues antaño pintaban huevos cocidos de colores y los niños los rodaban por el suelo. Pero es en Pallares donde la jira tiene mayor tradición y convoca a más gente, el lunes de Pascua y a orillas del Viar, donde bajo las encinas, los árboles emblemáticos, las familias o grupos de amigos comparten comida, bebida y juegos, o pasean por el campo. Junto al agua, la hierba y las flores se celebra la primavera y el esplendor, aquí efímero, de los campos. Es la Pascua Florida.

Por abril, **San Marcos** riega el charco y ese santo que en otro tiempo diera nombre al priorato de la orden santiaguista, de tanta historia en la comarca, hoy no tiene otro recuerdo que su fiesta en Calera, con procesión, algunos caballos y baile, aunque los zagales

esperan más bien ese día por la pista de coches locos. En Monesterio, por la tarde, algunos se acercan al pantano con su merienda.

En el último domingo de abril se nos ha metido una fiesta que siendo totalmente civil y nueva tiene cada vez más pujanza, cobra significación identitaria y es ya conocida allende las lindes de la comarca. Se trata de la **fiesta de la chanfaina** de Fuente de Cantos, declarada Fiesta de Interés Turístico Regional, que tiene como centro un concurso para premiar la mejor chanfaina, un plato a base de vísceras de cordero, tan propio de la tradición pastoril de Fuente de Cantos y, en general, de todos estos pueblos. En la fiesta también tienen lugar otras actividades como concursos o demostraciones de esquila o bailes extremeños. Es ésta una magnífica ocasión para degustar este emblemático plato y los buenos vinos que ese año dé la tierra.

Pero es mayo florido el fulgor de las fiestas, y se presenta engalanando cruces. El árbol de la cruz recobra todo su sentido natural, rebosa de hojas y flores. Se consagra la vegetación en su apogeo de vida. Así, las **fiestas de la Cruz** eran muy celebradas en todos los pueblos, en los que las familias o vecinos montaban cruces en las calles o las casas, las adornaban con flores y las acompañaban con lo más vistoso de cuanto dispusieran en sus casas. En algunos sitios era la segunda fiesta en importancia tras la patronal y, como dijimos, prescribía el inicio de algunas tareas en los campos. Tras años de olvido, las cruces han vuelto a las calles de muchos pueblos pero es sin duda en Cabeza la Vaca donde más y mejor relucen y donde nunca se perdió el apego de las gentes a su fiesta. En diversos sitios del pueblo los grupos de vecinos, entre los que tienen el protagonismo absoluto las mujeres, se juntan para adornar su cruz, para velarla y ofrecer dulces y alguna copa. Graciosa como ella sola es la noche de la víspera, en que la banda de música va de cruz en cruz, y con ella los lugareños bailando y celebrando su cruz y su pueblo. Al día siguiente habrá procesión y misa, y alguna vez toros,

en una plaza con arquitectura de mucho sabor popular. Dicen que tras la Cruz en Cabeza se empezaba ya a echar la siesta.

Sin el esplendor que en Cabeza la Vaca, desde luego, o sin la celebración y preparación que en cualquier otro pueblo incluso, en Pallares se ha vuelto a recordar el día de la Cruz, que tan grande fuera antaño. Es una ceremonia sencilla, sin boato ni albórbola alguna, en la que muy poquita gente, mujeres y algunos niños, van en procesión por la cuesta que lleva al pequeño puerto junto al pueblo, portando una sencilla cruz adornada con flores y junto a la cruz de piedra celebran una misa, en el lugar donde se juntan dehesas y olivares y se domina el pueblo y su rica vega. Este ritual, tan claramente relacionado con los campos y tan vinculado a la naturaleza no deja recordarnos con su encanto que lo pequeño es hermoso. Pero, claro, pasa que éste es mi pueblo, son mis campos, y quizás es por eso que lo digo.

Pero la fiesta de mayo en estos pueblos es sin duda la romería, uno de los fenómenos sociales y temas antropológicos de mayor enjundia de un tiempo a esta parte. Aunque hermandades de **San Isidro** y fiestas en su honor podemos datar en algunos pueblos, como Fuente de Cantos o Montemolín, en siglos pasados, las romerías como tales son relativamente recientes. En efecto, comenzaron las primeras allá por los años cuarenta, alentadas por las franquistas hermandades sindicales de agricultores y ganaderos, por ser San Isidro el patrón del ramo, y en el fragor de la implantación, ni que quieras ni que no, del nacionalcatolicismo. La receptividad festiva de mayo y de los lugareños hizo que con el correr de los años todos los pueblos tuvieran su romería de San Isidro, que en algunos lugares vino a ocupar el sitio y la función del día de la Cruz, venido a menos tras el Concilio Vaticano Segundo y su eliminación del calendario festivo. Por tanto, de ser una romería inexistente no hace tanto, ha pasado a ser la segunda fiesta de todos o casi todos los pueblos y, en el caso de Fuente de Cantos, la primera.

Pero no sólo eso es significativo, sino que es el tipo de celebración que más drásticas transformaciones ha mostrado en el fin de siglo y aún hoy sigue experimentando modificaciones continuas. Por una parte, ya no se trata en casi ningún pueblo, salvo Bodonal, Cabeza la Vaca y Fuentes de León, de un solo día de campo, sino que son varios, incluso cinco en algunos casos, y la fiesta sigue de noche. A las familias que se disponían en torno a la manta o mantel con las meriendas, a la sombra de las encinas, los chopos o algún otro simple parapeto, las han sustituido las casetas, que en muchos casos acogen a varias familias o a extensos grupos de amigos. La pradera no es ya un paraje que en poco se diferencia del resto del entorno de las fincas, sino que es un espacio transformado, a veces permanentemente, incluso con pequeñas casitas como es el caso de Montemolín. La mitad de los pueblos tiene ya una ermita para el santo. De un tiempo a esta parte se está añadiendo a la fiesta la realización de un camino a pie, en fechas anteriores a la de la romería, cual es el caso de Fuente de Cantos, Bodonal o Montemolín.

En Bodonal, Fuentes y Cabeza no hay casetas, y apenas en Santa María. En Fuentes es un día de campo y no hay baile con orquesta. En Montemolín, donde más tradición quizás tuviera San Isidro como fiesta pero donde la romería comenzó en los años setenta, aún se mantiene la tradición de que el mayordomo de ese año, pero siendo ya la Hermandad quien lo sufraga, dé un convite a todos los hermanos. El día de San Isidro tiene lugar la procesión del santo por el pueblo, pero ahora el centro de la fiesta es la romería en las casetas.

Como resulta que el éxito de las fiestas está en gran parte en la cantidad de gente que atraigan y éstas han de provenir de pueblos cercanos, se suele buscar en algunas localidades, sobre todo en las pequeñas, poner la romería en una fecha en que no la celebren otros pueblos y, así, podemos encontrarnos con estas fiestas desde el primer al último fin de semana de mayo, pues en pocos casos la

romería llega ya a celebrarse el día 15 cuando no cae en fin de semana. En ello también hay que considerar el peso que las ciudades tienen ahora sobre los pueblos, lo importante que es la presencia de los naturales de cada localidad que emigraron. La romería de Santa María de Navas, el pueblo más pequeño de todos, es sin embargo muy sonada pues, al colocar su fiesta un domingo y ya pasadas todas las demás, congrega a una gran cantidad de gente. Aunque haya alguna caseta y la fiesta empiece el sábado siguen predominado los grupos bajo las encinas.

Bodonál no reniega de ninguna forma de hacer la romería bajo las encinas y en "en su día", es decir sólo el 15 de mayo, caiga cuando caiga, y dicen ellos que allá los demás con sus laberintos y trapicheos. No es de extrañar esto en el pueblo más singular desde el punto de vista de la estructura de la propiedad y, por ende, de la estructura social, en la que siempre ha predominando un estrato de pequeños y medianos propietarios que ha dado al pueblo su idiosincrasia campesina y su apego por lo propio, que se manifiesta en este caso de resistencia festiva o en el mantenimiento de las propiedades comunales. La más tradicional de las romerías de la comarca llama la atención por sus carrozas, con remolques que portan figuras de papel o cartón con motivos diversos.

Las romerías quizás sean el más claro ejemplo de cómo las fiestas, expresión ritualizada de la vida social de los pueblos, reflejan los cambios que se producen en éstos y las transformaciones de la sociedad que los engloba. La artificialización de la pradera, con casetas, infraestructuras de luz, agua, aseos, calles y otras instalaciones, efímeras o permanentes pudiera ser el eco festivo de la tecnificación de los agroecosistemas y las tareas agrícolas, de la dependencia también en este aspecto de productos de fuera de la zona. Que la centralidad de la fiesta ya no esté en muchos pueblos en los prados sobre los que se tendían las mantas y manteles y las encinas que daban cobijo a las familias y grupos de amigos sino en

las casetas, nos está recordando que la relación directa con el medio se está debilitando en estas comunidades rurales, donde por ejemplo el desconocimiento de los topónimos locales es un proceso de galopante pérdida de referentes del entorno. La privatización y cerramiento del espacio en la pradera mediante las casetas nos recuerdan con vehemencia otros procesos de privatización en las sociedades contemporáneas. La pérdida de centralidad de lo comunitario resuena en la pérdida de importancia del baile como elemento primordial de la fiesta, o en el propio hecho de que la comunidad, sus miembros, ya no forman un todo visible por todos sobre el campo, mientras que es la fragmentación, de grupos en casetas, lo que se manifiesta con fuerza. Los cambios acaecidos en las sociedades locales y su contexto socioeconómico han creado nuevas y perentorias necesidades en el mundo festivo y de ocio, entre otras el mayor número de días de romería y la consiguiente intendencia y equipamiento para hacer esto posible. Todo ello ha desbordado las estructuras de la celebración tradicional y como respuesta la romería ha adoptado formas nuevas, tomando más de un apunte de la Feria de Sevilla y la Romería del Rocío, los modelos festivos de prestigio en esta zona en la que la influencia de la cultura del Valle del Guadalquivir se deja notar, aunque lo que se tome en bastantes casos sean elementos estructurales de algunas de sus manifestaciones y no su sensual voluntad de estilo, su recreación en la estética.

Junto a eso tenemos la expresión de la nueva posición de los distintos grupos sociales. La prolongación de los días de fiesta, la amplitud de recursos, la abundancia de comida y bebida, evidencia la mejora de las condiciones de vida de los históricamente relegados, las posibilidades de disfrute de aquello que antes se les negaba. Nuevos grupos reclaman su protagonismo en la fiesta, en los cargos de las hermandades, en la posición de cada uno en el desarrollo de la romería, incluso en el espacio. Los progresistas económicos y los

caudales emergentes se hacen ver de distintos modos en la fiesta. Gentes de las clases populares se muestran en posesión de uno de los símbolos que antes marcaban la distinción de los de arriba, el caballo, pisoteando así a su paso las cenizas de Gramsci.

Pero vayamos ya a la más vistosa y famosa de las romerías, la de Fuente de Cantos, Fiesta de Interés Turístico Regional, con más de 200 casetas y una notabilísima afluencia de gentes de pueblos vecinos e incluso de lugares alejados. La romería se ha convertido en la fiesta más importante del pueblo y uno de los principales motivos de orgullo de sus gentes, la joya de la corona local. Es aquí donde más elaboración y gusto tienen muchas de las casetas, más días dura la fiesta y mayor número de actos se desarrolla. Todo comienza, salvo excepciones, el domingo anterior al de la romería con el camino hacia la ermita que está junto al Bodión y que recorren los romeros en carro, en burro, a pie o a caballo tras la carreta del santo tirada por bueyes y que tiene como momento más jubiloso y esperado el paso por el arroyo Bodioncillo. Una festiva guirnalda de gentes se alarga por los campos de la penillanura, alegra las sementeras en granazón de las tierras calmas. Ya en la romería, gran parte del pueblo se traslada a la pradera, donde prácticamente hace la vida durante varios días en las casetas. Concursos diversos, baile con orquesta, actuaciones de coros que cantan rumbas y sevillanas llamadas "isidreras", caballistas y trajes de flamenca completan el cuadro de la fiesta.

Anda por estos días la Ascensión, tan celebrada antaño en Bodonal, y que ya no es uno de los jueves del año que relucen más que el sol, sino que pasa desapercibido para el común de las gentes. Pero bien colmada ya la primavera, asomando el verano, llega el último de esos jueves, el del **Corpus**, aunque se siga celebrando en su día sólo en Fuentes de León, pues los demás pueblos esperan al domingo siguiente. Suele ser día luminoso en que las gentes sacan a las calles sus mesas, macetas, flores, colchas y otras galas para

poner altares al paso del Santísimo bajo palio y *cantar al amor de los amores*. Las calles se alfombran de juncia el Día del Señor, como se le suele llamar.

Pero decir Corpus es decir Fuentes de León, música y danza. La fiesta se inicia el martes anterior al jueves del Corpus, el día del tambor, cuando sale la gente al camino de Cumbres Mayores a recibir al músico de Hinojales, que con la flauta y el tamboril acompañará el baile del manijero y los seis danzantes el día de la procesión. El día anterior se reparten a los niños las papeletas que dicen que dan derecho a participar en el día del tambor. Unos cuanto años estuvo de capa caída esta costumbre que tanto entusiasmaba antaño a los más pequeños, que esperaban ese día, entre otras cosas, para estrenar vestido y zapatillas. Pero desde que el Ayuntamiento la fomentó ha vuelto a ir a más.

Desde el mediodía se preparan algunos para esperar al músico en el paraje de Mafla comiendo y bebiendo, pero hacia el atardecer es un risueño bullir de gentes de todas las edades el que va a su encuentro, y se reparten juguetes para los niños y perrunillas y aguardiente para los mayores. Arropado por fuenteños de todas las edades que hacen los pasos de la danza al son de la música, el tamborilero entra en el pueblo, donde los días sucesivos irá de cuando en cuando por las calles, por los bares, tocando para las gentes.

El día del Corpus es el día grande, en el que siguiendo una tradición de siglos, desde bien temprano, siete hombres vestidos con trajes primorosamente preparados sobre los que destacan, en rojo para el guión o manijero y en azul para los seis danzantes, bandas, fajines, cintas para los zapatos y escarapela para el sombrero, que junto a los cascabeles en los tobillos dan singularidad cromática y esencial al alma y luz de la fiesta. Con un clavel en la boca, rojo el del manijero, blancos los demás, trenzarán sus pasos a indicación del guión para llevar las dos danzas, la nueva y la vieja, por las calles, a

casa del hermano mayor, y antaño a la de los cofrades también, que les invitarán a dulces y aguardiente. Tras haber recogido el pendón en la casa del mayordomo, en la misa danzarán ante el Santísimo en el altar mayor, a la salida de la iglesia y en las alfombras que se tienden en algunas calles al paso de una procesión en la que salen todas las imágenes de la parroquia, todas las cofradías. Pétalos de rosas se siguen rociando como alfombra en algunos tramos. Tras la procesión se celebra un convite para todos los cofrades, hermanos, danzantes, músico e invitados de *el que sirve al Santísimo ese año*, del mayordomo, que es el que ha de correr con los gastos, a veces cuantiosísimos, del refresco. Durante varios días habrá baile en la plaza, procesión de nuevo el domingo, día en que se dirá adiós al músico, y toros el sábado y el lunes, en que acaba la fiesta.

Esta encandiladora y bellísima fiesta ha reflejado, como tantas otras por doquier, la estructura social del pueblo, teniendo tradicionalmente, por qué no decirlo, tintes clasistas. Así, lo exclusivista de la condición de cofrade y de hermano mayor, la potencia económica que debe tener quien *sirve al Santísimo*, por los elevadísimos gastos a los que debe hacer frente, o el papel de los danzantes, cuadrilla con un manijero, gentes de las clases populares bailando ante los notables, nos hablan en favor de esa dimensión del ritual. Sin embargo, los tiempos cambian, y mudan los usos, las costumbres, las correlaciones de fuerzas y sus formas y, a resultas de todo ello, algo de esos antiguos modos también se modifican en el ritual. Fuentes ha sabido reelaborar su fiesta y dar protagonismo a todos. Algo de la fiesta ha cambiado, la hermandad también, y el poder municipal ha cobrado creciente protagonismo en la organización y sufragio de las celebraciones. Muy significativa es la popularidad cada día mayor del recibimiento del músico, de la mayor participación de los fuenteños en ella, como un pueblo que sale al camino y baila por y para él mismo, unidas sus gentes por la música

y los pasos de una danza que se constituye en vínculo ancestral de la comunidad y en emblema de Fuentes.

Pero el Corpus nos lleva también a las puertas del estío festivo, de las grandes fiestas de las comunidades, que en pueblos que han vivido de la agricultura y la ganadería se acomodaban a la cadencia de las tareas y los ciclos de los campos. Aunque en general las fiestas patronales se den con el buen tiempo, las grandes celebraciones, las fiestas mayores de los pueblos buscan, por lo común, los momentos de menor intensidad en el trabajo, arrimándose al veranillo, de mediados de agosto a mediados de septiembre, **entre la Virgen y el Cristo**, y acabadas las eras, cuando la tierra está en descanso, falta tiempo para la paridera y no hay recolecciones de importancia ni labores en la arboleda. Esos días de menor trabajo y tiempo bonancible permiten el disfrute de varios días seguidos de fiesta. La mayor parte de estas celebraciones las hallamos entre el 8 y el 14 de septiembre: el 8 es en Calera la Virgen de Tentudía y en Bodonal la de Flores, el 10 es la fiesta de Monesterio, buscando también la Virgen de Tentudía, y la Magdalena en Pallares. Cierra el ciclo el Cristo de la Reja y sus capeas en Segura, a partir del 14. Pero también festejan en otros pueblos a sus patronas el día 8 aunque no sean la fiesta mayor local, cual es el caso de la Virgen de los Milagros en Bienvenida, la Granada en Montemolín y la Hermosa en Fuente de Cantos. Santa María no anda muy lejos de esas fechas, pues Santa María de Navas, su patrona, tiene la fiesta el 30 de agosto. A mediados de agosto es la fiesta del Jubileo de Fuente de Cantos, y a principios la Virgen de los Ángeles en Fuentes. Montemolín tiene a Santiago el 25 de Julio y Cabeza la Vaca a San Benito el 13. Si bien nos fijamos, los pueblos de la penillanura hacen sus fiestas mayores entre finales de julio y mediados de agosto, más bien celebrando la recolección de los cultivos, que es por allí donde se asientan las más de las tierras calmas y más decisivo para las gentes resulta el buen y abundoso fin de las senaras.

Pero incluso podemos ver la huella de las transformaciones ecológicas en el cambio de fechas de las fiestas que en la historia se dieron y, así, Pallares, dicen que porque los cohetes hacían arder las eras, cambió su fiesta de la Magdalena en tiempos que nadie recuerda desde el 22 de julio al 10 de septiembre, cuando se clarearon baldíos y monte y avanzaron los cultivos. Lo mismo hizo Santa María con la fiesta de su Virgen, mudándola desde Pentecostés a finales de agosto. En tiempos más cercanos, el caso más llamativo es el de Bienvenida, que celebrada sus fiestas mayores en San Juan, en torno a las siegas, hasta que a principios de los años setenta, tras la crisis del campo y el éxodo rural, las mudó a principios de agosto, buscando el mayor esplendor que le daría la presencia de los emigrantes. Aun a pesar del gran tirón popular que esta fiesta de agosto tiene en los alrededores, pues es de las más visitadas por las gentes de todos los pueblos, últimamente está adquiriendo mayor importancia como referente para la comunidad la muy sentida y cada vez más colorista fiesta de la Virgen de los Milagros, el 8 de septiembre.

Para la fiesta vuelven a los pueblos aquellos que están forasteros y a los que sus atenderes les permiten acudir, y así revalidan su pertenencia a la comunidad. En algunos pueblos, como Pallares o Santa María, se busca arrimar la fiesta lo más posible al fin de semana, de tal manera que, aunque el día del patrón siga siendo uno de los días de la fiesta, ya no es necesariamente el primero, pudiendo ser incluso el último. El centro de todas estas fiestas patronales es la procesión del patrón o patrona y la verbena, acompañado todo ello de actividades como juegos diversos, algún pregón, elección de reina de las fiestas, tiro al plato o corrida de toros. El guarrito frito es en todas el plato emblemático y Monesterio alza y con razón su bandera gastronómica y económica y le dedica

especial sitio al Día del Jamón, cada año con más renombre y participación popular, local y de fuera.

Pero aunque cada pueblo pueda tener su peculiaridad, entre las fiestas mayores de este tiempo, hay dos que destacamos por singulares. La primera, el día 8 de septiembre, es la de la Virgen de Tentudía en Calera. Mucho habría que decir sobre Tentudía, su nombre y su renombre, su origen y su significación para unos y otros. Tentudía da nombre a esta comarca que está naciendo o se está inventado, como el lector prefiera, y buena falta que haría algún esfuerzo, algunos gestos significativos que hicieran que la utilización de esta denominación y todo el denso contenido simbólico a ella asociado por toda la comarca no fueran motivo de escozores y querellas. En definitiva se trataría, como en un principio fue, de que Tentudía se sintiera como ampliación a todo el territorio comarcal de ese nombre, de ese referente simbólico que tiene a Calera por acomodo y centro, de tal modo que se deje sin argumento alguno a quienes quisieran presentar el hecho como una apropiación por otros del referente identitario central de Calera. Ni ensimismamientos campanilistas ni engañosas llamadas al universalismo, tan obtusos unos como otras, serían buenos consejeros para llegar a un adecuado encaje que permita dejar claro y reconocido de algún modo el lugar simbólico privilegiado de Calera en su comarca y la condición de esta última de leal portadora también de un nombre de tanta prosapia y luz.

Pero volviendo a la fiesta y sus ritos, la de la Virgen de Tentudía es la leyenda más conocida de todo el Sur de Extremadura, junto con la de la Virgen del Ara, aunque la primera apenas haya dado lugar a una devoción popular en un considerable número de pueblos alrededor, y de ahí que la actual comarca de Tentudía no sea el territorio de gracia de esta virgen que, más allá de Calera, sólo tiene devoción en Monesterio. En cualquier caso, es el mito fundacional de la zona y que cada vez se resalta más como referente en la comarca.

Por ser de sobra conocida y ya contada en este libro no vamos a volver a relatar la historia del milagro y la erección del santuario. Lo que no queremos dejar de hacer notar es que no es casual que la montaña más alta del sur de Extremadura, desde donde se domina la penillanura y la sierra, tierras extremeñas y andaluzas hasta incluso el Valle del Guadalquivir o sus resplandores, la sierra singular por su clima y su vegetación, la madre de aguas y vida, haya sido enaltecida simbólicamente por el medio eficiente del que esta cultura disponía y que no es otro que su sacralización como lugar elegido por la Virgen para vincularse con la tierra y sus gentes, en una tradición de ligazón del lugar con lo sobrenatural que algunos quieren remontar incluso a la religión de los celtas de la Beturia.

La fiesta ha cambiado en algo en los últimos tiempos, pues si hasta hace una decena de años la Virgen bajaba al pueblo sólo para su festividad, ahora se lleva a Calera en carreta de bueyes el 15 de agosto, lo que da motivo también para una fiesta con verbena durante unos días, tan apetecida en esas fechas. En la iglesia parroquial se celebra novena que se termina para el día 8, en que de madrugada sale de nuevo la imagen seguida del gentío que la llevará entre pinos, robles, castaños, encinas, jaras, helechos, alcornoques y olivos hacia su santuario en la Sierra. Tras la misa, y bajo los pinos, las familias y grupos de amigos celebran la romería y hay visitas a la Virgen y baile con orquesta en el paraje de más hermosas vistas de estas tierras. Los días siguientes continuará la fiesta ya en el pueblo.

El ciclo de fiestas mayores lo cierra la que por diversos motivos es la más peculiar de todas ellas. Declaradas recientemente Fiesta de interés turístico regional, las capeas de Segura son el fenómeno de toros populares más antiguo y persistente del mediodía extremeño, siendo las únicas que pervivieron como tales a través de la historia hasta que recientemente se implantó alguna que otra suelta de vaquillas en otras localidades. En efecto, toros populares encontramos en la memoria de las gentes de un buen número de

pueblos, y también ritos de comensalidad comunal en forma de caldereta para todo el pueblo con la carne del animal sacrificado, lo cual nos reitera la idea de las fiestas de toros como sacrificio y comunión, con algo de presentida e inquietante religiosidad popular. Los nombres de coso y de corredera en el callejero de muchas localidades nos rememoran un escándalo de toros o vaquillas por las esquinas. Pero ya durante la etapa franquista habían desaparecido en todos sitios estos acontecimientos, salvo en Segura. La crisis, no sólo económica, sino social y de valores que afectó al medio rural con el llamado proceso de modernización de España, el descalabro agrícola y la sangría migratoria, llevó a una situación de autodesprecio de las culturas locales y de bastantes de sus manifestaciones concretas, cual es el caso de algunas fiestas. Además, las fiestas de toros populares tuvieron en todas las épocas algo de vitalmente turbio y subversivo para el poder, civil o religioso, y durante el franquismo esto se hizo evidente. Con la llegada de la democracia, algunas de las pulsiones lúdicas del pueblo rompieron sus cinchas y salieron a las calles, también como inquietas y repunteadas vaquillas sueltas. Los nuevos poderes municipales favorecieron el fenómeno, aunque luego hubiera un reflujó en muchos sitios y sólo unas cuantas de aquellas fiestas de toros en la calle nos queden. Actualmente hay vaquillas en Bodonal, tanto en las fiestas de Santa María de Agosto como en las patronales de la Virgen de Flores, con toro de fuego también en las dos y en San Isidro. Igualmente se sueltan reses por la calle en Fuentes en la Virgen de agosto y en Cabeza la Vaca, por San Benito, los toros que se lidiarán por la tarde se van soltando uno a uno del camión a la plaza por la mañana y las gentes los corren en el coso. No es casualidad que el fenómeno de las fiestas de toros populares se haya consolidado en las tierras del poniente comarcal, pues por allí el vacuno ha tenido históricamente su ámbito natural y de ello deriva esa querencia taurina de sus gentes. Las mejores hierbas, de más altura, que se dan en estos pueblos próximos a la más fresca Sierra

de Huelva hacían que se encontraran vacadas en muchas fincas y que, por ejemplo en Fuentes, hiciera ello cambiar buena parte de la lógica de usos y especies ganaderas presentes en la dehesa, para dar preeminencia a las vacas. Además de los toros populares, encontramos plazas de toros que agrandan la riqueza de la arquitectura popular de la zona en Cabeza la Vaca, Fuentes y Bodonal. En Bodonal, la plaza no se usa, pero sí hay corridas en Fuentes y Cabeza, pueblo que se ufana de haber visto pasar por su ruedo cuando novilleros a no pocas figuras, como atestiguan carteles que pueden verse en el Bar Taurino José María el cual (¡qué dolor de penumbra iluminada!) ha dejado de ser el de más encanto de la comarca tras su pulcra remodelación. Segura se encuentra en esta zona de importante presencia de vacas y sus capeas tienen la virtud de haber sido históricamente una de las pocas fiestas, la única me atrevería a decir, a la que en número y frecuencia variable, acudieron alguna vez gentes de todos los pueblos de la que ahora lidia por ser comarca.

Aunque ganadería de bravo encontremos alguna en Segura a lo largo de su historia, más bien pareciera esto la consecuencia y no la causa de la insobornable querencia taurina de sus gentes. Como una muestra más de lo que ha sucedido con los toros en nuestro país históricamente, en Segura se corrían los animales más ariscos de las vacadas, los más "redichos", que prestaban y siguen prestando para la fiesta los ganaderos con fincas en el término. Ahora bien, cuando hay ganadería de bravo, más al pelo todavía vienen sus ejemplares para la fiesta.

Lo que se celebran son las fiestas del Cristo de la Reja, que tiene su sede en el convento Franciscano junto al pueblo, en el que se celebra la misa del día 14, aunque ya la fiesta en el pueblo empieza el 13. Pero sin duda son los toros el centro de los festejos a lo largo de una semana. La colocación de la tranca en la plaza de Segura unos días antes marca la llegada de la fiesta, aunque como tal

anuncio de arranque festivo haya perdido importancia frente al pregón. Las gentes se reúnen en grupos, a especie de peñas, algunas con sus nombres o con pañuelos que las identifican, sobre todo las de los jóvenes, y se reúnen en las fiestas en algún inmueble, como cochera, casilla, etc., lo más cerca posible de la plaza, a comer y beber.

Aunque por la mañana haya una capea infantil y otra femenina, lo que pone de manifiesto el papel de la mujer en el evento, las capeas son por la tarde. Por la mañana la gente se dispone a esperar a las vacas en la calle que da a la plaza, convertida en coso cerrado por talanqueras de maderos y tablas, con distintas troneras y tablados, para defenderse de las reses y para ver la fiesta. Una vez encerrado el ganado, esperará allí hasta la tarde, en que se recogerá en la corralá, un apartadizo de ese coso junto al edificio del Ayuntamiento, para ir soltando las vacas una a una y que las corran las gentes, sobre todo los más jóvenes, y casi exclusivamente varones. De lo que se trata es de hacer requiebros a las vacas, de hacerlas correr tras uno sin ser cogido, metiéndose en las troneras o saltando las talanqueras cuando es apurado el trance, pues no se emplean capotes o muletas, salvo algún ocasional trapo que usa algún segureño de prestigio reconocido en haber corrido vacas en la plaza. Una vez que ya el animal ha dado de sí todo lo que podía, se le abre el portalón para que se vaya calle abajo, a lo que no siempre se aviene y hace que, al final, la capea se alargue.

El peligro está en la poca defensa y en la envergadura de los animales, pues no se trata de vaquillas, sino de animales adultos, de vacas. La bravura de los animales es desigual, los días de capea varían mucho en vistosidad y diversión dependiendo de la ganadería y de los animales de ese año, así que las gentes del pueblo esperan vacadas concretas que presumen darán buen juego. Por la noche continuará la fiesta con la verbena.

Hemos hablado de verano festivo, pero el estío no lo agotan las fiestas patronales o mayores sino que por doquier florecen otros festejos. Algunos son antiguos y, al arrimo de algún santo, buscan colmar las ganas de diversión, sociabilidad y disfrute de las gentes en tiempo tan propicio para la convivencia, el baile y el encuentro entre sexos. Así, aparte de todas las mentadas, encontramos fiestas tradicionales de verano en Fuentes por San Pedro y por la Virgen de los Ángeles, a principios de agosto, en Segura por San Roque, en que continúan la tradición de regalar merengues, y de tirárselos los zagalones, o en Bodonal, Fuentes y Cabeza la Vaca por Santa María de agosto, con suelta de vaquillas en los dos primeros pueblos y corridas de toros en el tercero. También está cobrando brillo la velada de Santa Ana en Cabeza, con su "ensalá de papas". A ello hay que sumar alguna que otra verbena en un barrio o conjunto de calles en un par de pueblos grandes.

Pero sin duda uno de los hechos más relevantes en el abanico estival fue la aparición a finales de los setenta y durante los ochenta de las fiestas del emigrante, dentro de la explosión de la fiesta a raíz de la transición política y la conformación de los ayuntamientos democráticos. Allá donde las fiestas patronales u otras no tienen lugar en el mes de agosto, nace la fiesta del emigrante, alentada por los hijos del pueblo que están fuera, por los ayuntamientos o por los jóvenes del pueblo. Para explicar el auge y la implantación de esta fiesta hay que tener en cuenta la importancia que la emigración ha tenido en estos pueblos, el gran número de naturales que regresan a ellos en vacaciones, el interés por participar en sus rituales y convivir en un contexto de disfrute y amistad con sus paisanos, el deseo de reafirmar y reproducir su identidad local y su pertenencia a la comunidad, sus ganas de diversión en tiempo de vacaciones, así como la de los residentes y finalmente, por qué no, la punta que le ven a todo ello los casineros. La relación con la identidad local de estas fiestas queda destacada cuando en ella se reproducen algunos

actos que tienen lugar también en las patronales y cuando se saca en procesión o se le dice una misa a la patrona, al símbolo emblemático del pueblo, a la que los emigrantes llevan sobre sus hombros. Como sucede con otras celebraciones, los pueblos intentan que sus fiestas del emigrante no coincidan con las de los otros, para conseguir mayor afluencia, o ambiente que le llaman ahora. Hay algo de pique en la comparación entre fiestas, de competencia por ver quién se lleva a más forasteros, que en ello va el lucimiento, el prestigio del pueblo y su predicamento, y a resultas de esto y de la existencia de las otras celebraciones mentadas, las noches de verano arden en fiestas de principio a fin, de la sierra al llano.